

LA TRIPLE FIDELIDAD DEL CATEQUISTA

Para educar la fe, el catequista debe ser fiel a los tres elementos que en ella intervienen: Dios, el hombre y su vínculo recíproco. *Fidelidad a Dios*: a su mensaje (unidad cristocéntrica, importante y difícil) y a su pedagogía (bíblica, litúrgica, sistemática y de testimonio o vida). *Fidelidad al hombre*: interés y respeto por todo lo humano. *Fidelidad a los requisitos de la transmisión de la fe*: misión, preparación, transmisión vital y dialogística, iniciación. Triple fidelidad que se resume en el amor a Dios, al prójimo y a la propia vocación de catequista.

El catequista ha sido llamado por Dios y la Iglesia para educar la fe del pueblo, mediante la enseñanza y el testimonio. Esta es su sagrada vocación.

Ahora bien, la fe —en sentido total y profundo— es comunión entre Dios y el hombre.

Resulta, pues, que para ser fiel a su vocación, el catequista debe atender debidamente a los tres elementos de esta comunión: Dios, el hombre y el vínculo recíproco de esta unión en la fe. Catequizar es algo así como contribuir a tender o reforzar un puente entre Dios y el hombre: el puente de la llamada divina y de la respuesta humana en Cristo y la Iglesia.

En otros términos, la vocación de catequista exige una triple fidelidad: fidelidad a Dios, fidelidad al hombre y fidelidad a los requisitos de la transmisión misma de la fe.

El campo es inmenso. Vamos a limitarnos a una rápida y sencilla visión de conjunto, con alguna insistencia en los puntos principales, y atendiendo más a la síntesis de las ideas que a su novedad. Algo así como si, para estímulo de todos, reflexionásemos en común sobre la grandeza y exigencias de nuestra vocación.

I. FIDELIDAD A DIOS

El catequista debe ser heraldo fiel de la llamada de Dios. Llamada que tiene un contenido o mensaje; llamada que posee, además, un lenguaje propio e inconfundible, el lenguaje de Dios y de la Iglesia. La fidelidad a Dios requiere, pues, que el catequista conozca debidamente ese mensaje y conozca y emplee el debido lenguaje, es decir, los distintos caminos por los que Dios nos habla en Cristo y la Iglesia.

A) CONOCER EL CONTENIDO DE LA CATEQUESIS.—Modernamente, el factor decisivo de toda catequesis es el contenido. Pero no siempre ha sido así: la preocupación primera, en lo catequístico, ha ido evolucionando: fórmulas, textos, métodos... Todo tiene su importancia, por supuesto. Pero lo primero y fundamental debe ser siempre la llamada divina, la palabra de Dios.

La palabra de Dios, o Revelación —Tradición y Escritura—, es rica y uniforme, abarca muchos siglos, textos y documentos. Pero no todo tiene en ella el mismo valor ni la misma primacía. Importa que el catequista (y el teólogo) no la considere como un simple mosaico. No lo es. No es yuxtaposición, sino vida, y, como toda vida, es estructura y unidad (1.º). Unidad importante (2.º); pero también difícil; de ahí la necesidad de tomar los medios adecuados (3.º).

1.º *Unidad*.—Todo gira en torno a Dios y a su designio de salvación; un designio que se ha ido desarrollando en el tiempo: se ha hecho historia, Historia de Salvación, el eje profundo de toda otra historia.

Como se ha dicho más de una vez, el capítulo 4 de la epístola a los Efesios nos puede proporcionar los epígrafes fundamentales de esta unidad que andamos buscando:

— *Un solo Dios y Padre de todos* (Ef 4,6). Un Padre que nos eligió por amor antes de la creación del mundo. Por eso es uno mismo el Dios de la creación y el de la gracia y la paternidad. Y aunque en Teología se hable mucho del orden natural, éste es más bien una abstracción; *existencialmente*, todos estamos llamados al orden sobrenatural.

— *Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo* (4,5). La humanidad entera es invitada, cada día, a participar en la Pascua de Cristo: pasar con él, de este mundo al Padre, por la Cruz y la Resurrección.

— *Un solo cuerpo, un solo Espíritu* (4,4). Nos salvamos en ra-

cimo, dentro de la Iglesia. Una Iglesia visible, institucional, limitada; pero también y sobre todo, Iglesia espiritual, misteriosa, sin mancha ni arruga. Una Iglesia sometida a los mandatos de la Jerarquía y, al mismo tiempo, atenta a las iniciativas, sugerencias y exigencias del Espíritu, alma de la Iglesia.

— *Una sola esperanza* (4,4). La esperanza de la ciudad y vida que aguardamos, y de las que debemos ser testigos anticipados.

Resumiendo más todavía, podemos decir que todo se unifica en Cristo, que el mensaje cristiano es el mismo Cristo en quien todo se recapitula. El contenido de la catequesis no es, pues, propiamente hablando, un objeto, sino un «sujeto», no es algo, sino alguien: el Cristo total. Es la famosa cuestión del *crisocentrismo*. Como dijimos largamente en otra ocasión (*Jesucristo, centro de la catequesis*, SINITE 1 [1960] 9-40), el crisocentrismo puede enfocarse desde distintos puntos de vista: la Escritura, la Tradición, la dogmática y la kerigmática.

Todo el *Antiguo Testamento* está orientado hacia Cristo, como hacia su centro: la Ley es el ayo que nos lleva a Cristo (Gál 3,24); por eso, cuando el Señor quiso catequizar a los discípulos de Emaús e inflamarles el corazón por el camino, la tarde recién estrenada de la primera Pascua, les fue declarando cuanto a El se refería en todas las Escrituras, comenzando por Moisés y por todos los profetas (Lc 24,27). En cuanto al *Nuevo Testamento*, es evidente que Jesucristo lo llena por completo: ha dicho terminantemente: «Nadie viene al Padre sino por mí» (Jo 14,6); Jesucristo es nuestro modelo (Mt 5,48), el camino, la verdad y la vida (Jo 14,6), la vida de la que somos sarmientos (Jo 15,5), la «imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura» (Col 1,15).

No es, pues, de extrañar que para la *Tradición*, desde la más remota antigüedad cristiana, Cristo estuviese en el centro mismo del mensaje. El cristianismo aparece menos como doctrina que como acontecimiento maravillosamente nuevo: la nueva vida dada por Dios en Cristo.

Mas, ¿cuál es el centro de la teología *dogmática*? Para Santo Tomás, todo está centrado en Dios (I q. 1, a. 7). (Aunque también es cierto que modernamente se han esbozado sistematizaciones en torno a un centro distinto.)

En cuanto a la *kerigmática*, o teología de la predicación (homi-

lética y catequética), unánimemente la centran los autores en torno a Cristo.

Ser fiel al contenido de la catequesis es, pues, buscar en todo a Cristo; buscar las relaciones que median entre las cosas y Cristo, tanto en la ordenación y exposición de toda la materia catequística como en el caso de un sector determinado (la moral, por ejemplo; piénsese, verbigracia, en *La ley de Cristo*, de Häring).

2.º *Importancia de esa unidad.*—Toda vida —y, por tanto, la vida religiosa— es necesariamente unidad; la escisión empobrece, esteriliza o mata. Un grave mal del cristianismo es la división o cuarteamiento: división entre la dogmática y la espiritualidad, entre el teólogo y el santo; división entre el saber y la vida; división incluso dentro del saber mismo: la especialización teológica es tan necesaria como peligrosa: tiende a introducir inconscientemente, en el seno de la Teología, esa esquizofrenia que Guardini denuncia en el ámbito del saber profano.

Por lo que a la catequesis se refiere, es de suma importancia la reducción de la multiplicidad de aspectos a la unidad en Cristo. Gracias a este cristocentrismo, la catequesis resulta:

1. Más *verdadera y equilibrada*, porque las partes sólo se entienden debidamente en función del todo.

2. Más *concreta*, porque no predomina el concepto, sino los hechos y la Persona, aunque sin evacuar el misterio —cosa capital en religión—, porque no partimos de lo concreto inerte, cerrado, sino de lo concreto vivo y vivificador; y toda vida es, a un tiempo, concreta y misteriosa, máxime la vida de Dios.

3. Más *fácil de sintetizar y de entender*, porque resulta más asequible y mejor compendiada.

4. Más *eficiente y dinámica*, porque así el cristianismo aparece en toda su riqueza y profundidad: como verdad, pero también como bien y valor, dotado de toda la fuerza revolucionaria del mensaje valiente de la buena nueva. Un mensaje que, en definitiva, es una persona, Cristo mismo, modelo, camino, verdad y vida.

5. Plenamente de *acuerdo* con la más honda *realidad sobrenatural*, porque «cuanto al fundamento, nadie puede poner otro sino el que está puesto, que es Jesucristo» (1 Cor 3,11). Por eso precisamente, todo catequista, lo mismo que San Pablo, puede compendiar su predicación en el «misterio de Cristo» (Col 4,3), en el «Evangélio de Cristo» (2 Cor 2,12...). En los cuatro puntos precedentes hemos visto el valor pedagógico del cristocentrismo, es decir, que

se adapta mejor a nuestra inteligencia y voluntad y a toda nuestra contextura humana. En este quinto punto vamos mucho más lejos, hasta la realidad misma: por Cristo, al Padre: tal es, no sólo la pedagogía, sino la realidad querida por Dios, y, por consiguiente, la obligación primordial de todo catequista. Y así queda resuelta la aparente antinomia entre el teocentrismo y el cristocentrismo: dos anillos consecutivos de la misma cadena gloriosa y ascendente: por lo común, nadie llega del todo al primero sin pasar antes —subjetiva y objetivamente— por el segundo.

3.º *Medios para lograr esta unidad.*—Hay que reconocer que no siempre tienen los catequistas esta visión unitaria del mensaje cristiano. En sus labios, la religión aparece, a veces, como un centón de muchas cosas. Incluso en Teología —lo hemos dicho ya— alguna vez palidece el conjunto, víctima de la especialización excesiva (pluralidad de tratados, pluralidad de tesis dentro de cada tratado).

Es que la unidad profunda, verdadera, vital, es fruto difícil, decantación larga en el cuenco de muchos días. Supone *madurez* humana: quien no esté todavía unificado en su propio ser interno, mal podrá unificar cuanto reciba. Requiere *estudio* de la revelación y de la teología (a menudo, la dificultad de unificar se debe a un factor tan prosaico como frecuente: la falta de ciencia). Pero el saber no basta: hay que bruñirlo y vivificarlo a fuerza de emplearlo en *reflexionar* sobre la vida cristiana concreta, la vida de cada día, pues lo que en los libros se dice, no puede ser sino visión incompleta, como lo es toda abstracción. Más aún: hay que *vivir* esa unidad mediante la contemplación, la liturgia y la propia conducta. Entonces, y sólo entonces, cuando la religión se haya hecho vida, habrá logrado en nosotros la máxima y verdadera unidad: los elementos del mensaje llegarán a su mayor «condensación»: Cristo mismo. Y Cristo, no sólo conocido, sino vivido. Vivido en el plano psicológico y, sobre todo, en el plano ontológico, lo que es mucho más profundo y decisivo. Esta unidad hecha vida es fecunda, como toda vida plena. Y sólo de ahí puede brotar la catequesis cabal: una como transmisión de Cristo (y no sólo de nociones o saberes).

B) CONOCER Y EMPLEAR EL LENGUAJE PROPIO DE DIOS Y DE LA IGLESIA.—Dios y su Iglesia tienen su pedagogía, tienen sus caminos, un cuádruple lenguaje, rico y variado, que debe ser precisamente el lenguaje de la catequesis. Limitémonos a una mención levemente comentada.

1.º *Lenguaje bíblico*.—Toda la parte divina de la Biblia se reduce, en alguna manera, a estas dos cosas: intervenciones o hechos de Dios, con objeto de revelarnos su ser y su voluntad salvífica; y, en segundo lugar, las palabras con que nos explica el misterio profundo de esos hechos: lo que son en sí y lo que deben ser para el hombre: un ofrecimiento de salvación; ofrecimiento indeclinable, ofrecimiento cuya aceptación debe convertir y comprometer la vida entera.

El catequista, lo mismo que los profetas, no debe cansarse de proclamar estas dos cosas: las maravillas divinas y su altísima significación para nosotros.

2.º *Lenguaje litúrgico*.—La Liturgia actualiza perennemente el misterio de la salvación: la misa actualiza el sacrificio pascual; los sacramentos perpetúan entre nosotros los gestos mismos de Cristo, y todo el año litúrgico es una misteriosa renovación de la Historia de la salvación.

El lenguaje litúrgico tiene particular eficacia. Eficacia única de todo lo que actúa «ex opere operato»; eficacia por la acción de la Iglesia; eficacia porque la liturgia se dirige a la persona entera, no sólo al entendimiento; y también porque es un lenguaje unificado (todo gira en torno al Cristo total), interiorizado (más que mero lenguaje, es acción y oración) y comunitario (manifestación sensible y eficaz del Cuerpo Místico).

3.º *Lenguaje sistemático*.—Ni la Biblia ni la Liturgia pueden satisfacer todas las exigencias de la catequesis. Hay que llegar también a una visión sistemática.

Es muy de notar que la misma riqueza y totalidad del mensaje cristiano, y el choque de éste con la cultura y la realidad profanas, por un lado, y, por otro, su contacto con la vida personal y profunda de cada fiel (vida que no es simple noción, sino haz de valores, acción y, sobre todo, unidad) obligó, ya en los primeros siglos, a ir añadiendo a la Biblia y a la Liturgia el complemento de toda una teología, con el fin de precisar conceptos, formular dogmas, condenar herejías... y estructurar lentamente todo nuestro saber de Dios.

En la catequesis ha ocurrido otro tanto. Poco a poco, ha contado con sus fórmulas, sus textos y su sistematización, más o menos afortunada, según las épocas. Todo esto, entendido debidamente, es un enriquecimiento precioso y necesario, pues todo espíritu busca naturalmente la unidad y claridad —incluso dentro del dato reve-

lado—, y toda vida, si es auténtica y profunda, busca la síntesis—difícil e imprescindible— entre la revelación y los valores humanos, valores hoy más importantes y ambivalentes que nunca. Pero si la sistematización se entiende mal, se corre el peligro nada ilusorio de que lo sistemático eclipse lo principal: la Biblia y la Liturgia. Es, en definitiva, el mismo riesgo que amenaza a toda teología entendida científicamente (fructífera y jerarquizada unión entre la fe, la revelación y la filosofía): el riesgo de que, insensiblemente, Aristóteles desplace a Cristo, la «ancilla» a la «domina».

4.º *El lenguaje del testimonio, de la vida de la Iglesia.*—La revelación no es sólo palabra, ni Liturgia, ni noción. Debe informar la vida entera: en toda ella debe resplandecer también Dios, y en este resplandor está, precisamente, el cuarto camino de la pedagogía divina: una catequesis capital, por ser síntesis concreta y atrayente de todo lo demás, la catequesis del testimonio. Es decir, la transparencia inequívoca de una realidad y de un valor (la realidad y el valor de la revelación) a través de toda la vida de los catequistas y de la Iglesia entera, desde los apóstoles, mártires y santos hasta los cristianos de hoy; y de modo particular, a través de la vida de quienes están más cerca de nuestros discípulos en la catequesis misma y, sobre todo, en la vida corriente: padres, sacerdotes, maestros..., compañeros, relaciones, ambiente, etc.

Resumiendo: hemos dicho que hay que conocer el lenguaje de la catequesis y, más aún, su contenido u objeto, y que este objeto es propiamente un «sujeto», una persona.

Ahora bien, la mejor manera —la única, en rigor— de conocer profundamente a una persona es el amor; y el amor es también la única manera de percibir todas las vibraciones de su lenguaje: ¡qué diferencia entre leer el evangelio con amor o sin él!

Sólo el que ama capta a una persona en lo que tiene de más individual y profundo. Asomarse sin amor al brocal misterioso de una persona es disecarla, reducirla a esquema, piel y corteza. La luz de la profunda interioridad ajena sólo se filtra por la rendija o filtro del amor. Cotéjese, por ejemplo, el conocimiento que de la madre tiene el diccionario, por una parte, y el hijo, por otra: idénticas palabras, en ambos casos, pero saberes grandemente distanciados, con toda la distancia que media entre una noción y una realidad entrañable.

Verdad es que se niega, a veces, la clarividencia del amor («No

«en balde, niño Amor, te pintan ciego», dice Tirso). Pero esto no es amor (agape o caridad), sino apetito (eros); y por ello, precisamente, se engaña. Pues el apetito atiende, no al *valor* o realidad «en sí mismos», sino al *bien* o «realidad para mí»: no hay captación plenamente objetiva, sino afán de posesión o repulsa; es decir, empobrecimiento y, por tanto, deformación de la realidad. Toda captación objetiva supone receptividad. Mas tratándose de una persona, no basta una receptividad cualquiera, hay que llegar hasta la receptividad máxima, hasta el amor: toda persona es un valor tan singular que exige respeto, incluso servicio, y también amor: el prójimo es esencialísimamente un valor en sí, no para mí; es hijo de Dios, hermano nuestro; tiene su fin propio, su vocación, su irrepetible historia divino-humana... El prójimo no puede ser objeto de simple apetito (¡sería cosificarlo!), sino de amor, pues sólo el amor capta sin centrarse en sí mismo, sino en el otro, y porque sólo así, por esa amorosa desnudez, logramos la debida apertura interior a la realidad del otro, y con ello su conocimiento más exacto: cuanto más calla el propio yo (egoísmo, prejuicios, esquemas prefabricados, gustos, preferencias...), más brilla en nosotros toda la transparencia del ser ajeno. Por eso, el conocimiento máximo de Dios —realidad suma— se da en la mayor desnudez y las «nadas», en el silencio máximo (que es también el máximo *amor*): en el silencio de la razón ante la revelación y la fe; en el silencio, sobre todo, de nuestras mismas potencias (contemplación), incluso cuanto a su modo connatural de obrar (acción de los dones del Espíritu Santo).

Concluamos, pues, que la fidelidad al objeto y al lenguaje de la catequesis, la fidelidad a Dios y a los caminos de su propia expresión, logra su cima y síntesis más acabada en el amor, en el profundo amor de Dios.

II. FIDELIDAD AL HOMBRE

Mientras nosotros catequizamos, Dios llama desde dentro a nuestros oyentes; éstos tienen que asentir a la llamada divina. Pero, al mismo tiempo, bullen en su complejo mundo interior muchas y muy variadas tendencias que piden también audiencia. ¿Quién prevalecerá? ¿Hallará Dios la puerta abierta?

Ya hemos dicho que el catequista debe colaborar a establecer un vínculo de comunión entre la llamada de Dios y la respuesta del hombre. Para ello necesita conocer esas tendencias que se agitan

en el hombre; conocerlas con el fin de servirse de las buenas y neutralizar las malas. En definitiva, esto equivale a decir que el catequista debe interesarse sincera y competentemente, aunque desde el ángulo religioso, por todo lo humano. Y en particular, por los siguientes puntos:

1. Psicología general: leyes fundamentales; características principales de cada edad y sexo; tipología de los temperamentos básicos: su riqueza y sus fallos, su dialéctica interna, la higiene propia de cada uno e incluso su terapéutica.

2. Psicología religiosa y su interesante problemática.

3. Disposiciones actuales de nuestros alumnos en punto a religión. ¿Para qué vienen? ¿Qué buscan...? ¿Diplomas tan sólo? ¿Una enseñanza más asequible...? Ciertamente, nada es despreciable, porque todo es gracia; pero hay que saberlo encauzar todo, purificar, fortificar.

4. Sociología general y religiosa, especialmente la contextura humana y religiosa de los distintos ambientes y, por ende, de las diversas mentalidades. Añadamos, siquiera de paso, que el problema de la mentalidad es tan importante como complejo. Complejo porque todo lo humano suele ser ambivalente, tiene su pro y su contra. Por ejemplo: la mentalidad técnica (tan desarrollada en ciertas partes) favorece una religiosidad más limpia de todo resabio mágico o egoísta: para el técnico, Dios no puede ser la solución cómoda para que llueva o para que se cure una enfermedad; Dios debe ser el Señor grande, trascendente; pero esa misma mentalidad técnica dificulta la captación de todo lo que sea relación personal; fallo grave, ciertamente, porque esta captación es esencial en el cristianismo, porque el cristianismo es una familia, no una empresa, ni, menos aún, una máquina.

Además, y sobre todo, la cuestión de la mentalidad es un problema importante. He aquí una experiencia hecha mil veces y fácil de repetir: si damos a leer las encíclicas sociales a patronos y a obreros, veremos que muy a menudo, por no decir siempre, unos y otros han llegado a una síntesis distinta: cada grupo se ha fijado exclusiva o principalmente en lo que apoyaba su propio punto de vista, sus reivindicaciones. Y luego, en la práctica, esgrimirán las mismas encíclicas para defender conductas muy dispares, cuando no antinómicas. Es que toda mentalidad se parece a un campo magnético inconsciente: repele unos elementos y atrae otros. Y así la realidad queda filtrada, es decir, deformada por la unilateralidad.

Quien desconozca este hondo fenómeno vital, se expone a hacer inteligible el mensaje cristiano, porque se arriesga a presentarlo precisamente como de signo contrario a una mentalidad determinada. Verbigracia: para muchachos de robusta mentalidad técnica, el ideal de la vida no es el descanso, sino el dominio, la constante superación de obstáculos para un rendimiento creciente; sería, pues, contraproducente presentarles el cielo como simple «requies aeterna». Desde luego, todo esto plantea problemas laboriosos y delicados; mas no se nos pide acertar siempre, sino buscar, ensayar, reflexionar y, si hace falta, rectificar. Pero limitarse a una catequesis intemporal, venerable resumen de venerables y antiguos infolios, es quietismo muy cómodo; pero es también falta de fidelidad al hombre, falta de inquietud apostólica. Así se explica la poca eficacia de ciertas actividades cívicas, apostólicas, etc., a pesar de andar éstas proclamando siempre su nunca desmentida fidelidad a los valores eternos, a los documentos pontificios, etc. Es que los principios, por muy sublimes y necesarios que sean, sólo son fecundos en la humilde tierra de lo concreto (programas, consignas...); es decir, acomodándose modesta y afanosamente al rígido encasillado del espacio y del tiempo, plegándose a la circunstancia interna y externa del hombre.

Huelga decir que no se trata de claudicar, sino de conocer los escollos, para evitarlos, primero, y rectificarlos, después; se trata también de conocer las predisposiciones favorables, para aprovecharse de ellas e integrarlas luego en una síntesis superior, más amplia y profunda.

5. Espiritualidad seglar, su vocación a la santidad. Punto importante. Y, además, difícil para todo catequista que no sea también seglar. Difícil porque fácilmente caemos en el equívoco de creer que lo mejor en sí (estado religioso, sacerdocio...) es también lo mejor para cada cual, o sea, olvidamos fácilmente que lo mejor para cada uno es, de hecho, la voluntad de Dios, sea cual fuere. Difícil, además, porque el catequista no seglar debe enseñar a vivir una vida que él no ha vivido ni vive (al menos plenamente). ¿Se calibra siempre toda la dificultad que ahí se encierra? ¿Se toman los debidos medios, no ya para suprimirla, cosa imposible por hipótesis, pero al menos para disminuirla lo más posible? Desde luego, un medio tan halagador como equivocado (de ahí que la Santa Sede haya tenido que denunciarlo) consistiría en intentar vivir también esa otra vida: adoptar los criterios de los seglares, sus costumbres

y libertades (espectáculos, lecturas...), meterse, incluso, con el celibato eclesiástico... Solución a todas luces peligrosa, imposible y teológicamente falsa, porque olvida la unicidad de cada vocación o estado: el religioso, el sacerdote... existen en la Iglesia para darle —a ella, a los fieles— algo que sólo ellos, en cuanto tales, le pueden dar (olvidar esto fue, cabalmente, el principal error eclesiológico de algunos sacerdotes obreros). Pero también existe la actitud opuesta: ver en el religioso educador, por ejemplo, sólo su condición de religioso, y confinarlo, por tanto, a un ambiente demasiado cerrado para un educador: espiritualidad, actividades, medios, horarios... demasiado calcados de los padres del desierto o de los contemplativos puros.

Concretando: todo catequista no seglar debe, por una parte, conservar intacto lo fundamental de su propio estado (es su catequesis vivida e irremplazable), y por otra, ir adquiriendo una visión, lo más amplia y profunda posible, de la realidad seglar. No debe confundir el estado de los catequizandos con el propio estado: convencerse de la grandeza *existencial* de toda vocación; respetarla: ni torcerla ni imponerle unos cauces, valores, etc., que no son los suyos, sino los nuestros. Veamos en la vocación seglar una invitación de Dios a consagrar toda la vida y todos los quehaceres terrenos. De hecho, no creemos suficientemente en la vocación de los seglares a la santidad; por eso somos muchas veces tímidos en proponer y en exigir; nos contentamos con poco, con demasiado poco. El catequista no seglar debe, por último, reconocer la inevitable insuficiencia de su catequesis: por muchos estudios y experiencia indirecta o de oídas que un religioso, un sacerdote... pueda tener de las realidades típicamente seglares (amor humano, diversiones, «consecratio mundi»...), siempre carecerá de la correspondiente gracia de estado y de la síntesis vital, que sólo da la experiencia vivida; nunca podrá dar ejemplo de cómo se viven cristianamente esas realidades. Su catequesis debe, pues, ser completada por otros: sólo la Iglesia entera puede dar una catequesis completa: las distintas vocaciones son complementarias; y esto debe llegar a traducirse en el plano mismo de la organización práctica: pastoral de conjunto. Más aún: tenemos que estimular y ayudar a esos catequistas que nos completan; especialmente a los padres de familia y a nuestros antiguos alumnos: maravilloso camino para que ellos hagan lo que realmente nosotros no podemos hacer.

Resumiendo: La fidelidad al hombre requiere que el catequista

conozca al catequizando; que lo conozca en su vertiente natural y sobrenatural; en función del sexo, la edad y el ambiente; en su individualidad irreductible: cada persona es una síntesis totalmente única de temperamento, de historia humana y de historia divina.

Y para ello —lo hemos dicho ya— no hay más que un camino: el amor, porque sólo amando puede conocerse profundamente a una persona. Y sólo así se la respeta debidamente en la catequesis: en efecto, el catequista debe irradiar, influir a tiempo y destiempo; y, por otra parte, debe respetar y fomentar la elección libre y personal, porque sólo ésta tiene valor religioso; mas, ¿cómo conjugar influencia y espontaneidad?: mediante el amor: el amor influye en la voluntad ajena como desde dentro, respetuosamente, sin alienarla, sin objetivarla. Pero este amor es difícil. Difícil porque exige reiterada entrega a los catequizandos, hasta integrarse en ellos, en cierto modo, y al mismo tiempo requiere que no abduquemos de nuestra madurez y responsabilidad, pues ellos las necesitan como guía y sostén. Difícil, sobre todo con niños y jóvenes, por que son muy exigentes y volubles; sin que ellos lo sepan, su amor es muy imperfecto, muy egoísta; es normal: el verdadero amor es conquista difícil de madurez.

III. FIDELIDAD A LOS REQUISITOS DE LA TRANSMISION DE LA FE

Dios y el hombre —lo que hemos visto hasta aquí— son las partes de un diálogo posible. Mas, ¿cómo hacer para que de hecho entren en diálogo, en comunión? Es lo que nos falta por ver: adentrarnos un poco en ese misterio que es todo diálogo profundo, máxime si pertenece al orden sobrenatural. La labor del catequista, en este campo, puede concretarse (no sin algunas repeticiones inevitables) en estas ideas principales: misión, preparación, transmisión vital y dialogística, y, por último, iniciación.

A) MISIÓN.—Es necesaria: no predicamos nuestra doctrina, sino la de Cristo. Y ya sabemos que sólo a los Apóstoles y a sus sucesores dio el Señor misión de enseñar a todas las gentes: haceos discípulos, bautizad, enseñad... (Mt 28,19). En cada diócesis, sólo el obispo es doctor calificado para enseñar auténticamente las verdades de la fe. Pero el obispo puede solicitar la cooperación de los sacerdotes y de los laicos (canon 1327 s.). Y así los catequistas par-

ticipan, por cauces distintos y con peculiaridades insustituibles, en la predicación de la fe.

Esta misión debe producir en nosotros una triple consecuencia: 1.^a, *Fe* en nuestra misión de embajadores de Cristo y en la vocación a la santidad por parte de los catequizandos: no trabajamos solamente con nuestras fuerzas, ni hemos emprendido una aventura descabellada: Dios nos envía para hacer su propia obra. 2.^a, *Confianza*: la ayuda divina no nos faltará. A veces nos ronda la tentación del desaliento y del cansancio; predicar a Dios es, en efecto, tarea sobrehumana: no en vano hubo profetas que se resistieron denodadamente a su tremenda vocación. Confiemos en el Señor a quien servimos; y esta confianza nos dará alegría; alegría que hará más sabrosa y fecunda nuestra catequesis, pues ya notó San Agustín que se escucha mejor aquello que se dice con más gusto; y así, para Deogracias, el diácono tímido y vacilante, y también para nosotros, compiló el Santo hasta seis recetas finas, realistas y atinadas para el logro de esa contagiosa alegría catequística. 3.^a, *Alma de mensajero*: ni creernos santos por el mero hecho de administrar cosas santas, ni confundir la proclamación del mensaje evangélico con la recolección del fruto: al mensajero se le pide transmitir lo que no es suyo y hacerlo para el logro de un fin que no depende esencialmente de él; no trabajamos en nuestra obra ni con fuerzas nuestras: humildad, pues, y oración; y también docilidad al Espíritu (y a sus representantes): San Pablo habla claramente de la primacía del Espíritu en su apostolado: «Me presenté a vosotros en debilidad, temor y mucho temblor; mi palabra y mi predicación no fue en persuasivos discursos de humana sabiduría, sino en la manifestación y el poder del Espíritu» (1 Cor 2,3 s.); «No con estudiadas palabras de humana sabiduría, sino con palabras aprendidas del Espíritu» (*ib*, 12 s.); y vuelve a insistir posteriormente: «Notorio es que sois carta de Cristo, expedida por nosotros mismos, escrita, no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo» (2 Cor 3,3). Y dice también claramente que del mismo Espíritu deben depender cuantos prolonguen —de una manera o de otra— la misión apostólica: en su maravillosa despedida de las iglesias de Asia, en Mileto, les dice a los presbíteros, antes de hacerse nuevamente a la mar: «Mirad por vosotros y por todo el rebaño sobre el cual el Espíritu Santo os ha constituido obispos, para apacentar la Iglesia de Dios, que El adquirió con su sangre» (Act 20,28); y hablando en general: «Hay diversidad de dones, pero uno mismo es el Es-

píritu... a cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad...» (1 Cor 12,4.7). No es, pues, de extrañar que la catequética actual, después de las conquistas anteriores, se esté orientando, al parecer, hacia una nueva etapa: la catequesis de la docilidad al Espíritu.

B) PREPARACIÓN.—La misión divina obliga a una triple preparación: profesional, psicológica y sobrenatural.

1.º *Profesional*.—Ser catequista es, ante todas las cosas, una vocación; pero es también una profesión (lo dijimos ya en otra circunstancia: *Profesión y vocación en el ministerio catequístico*, SINITE 4 [1963] 25-38). Hay que adquirir a toda costa esta formación profesional: teóricamente, prácticamente y constantemente: con inquietud sana y eficaz de renovación y progreso.

Honda pena suscitan palabras tan graves como las siguientes: «Las cátedras de Religión, reservadas a los sacerdotes, son de la mayor importancia... Desgraciadamente, se oyen no pocas quejas y muy fundadas, de las deficiencias en su enseñanza. Y no sólo en los centros del Estado, sino también en los establecimientos no estatales..., como si el mismo profesor no diera importancia a esta asignatura; haciendo concebir a los alumnos y a los demás cierto menosprecio de la Religión. ¡Qué responsabilidad la de tales profesores! Y, ¡qué responsabilidad la de los Prelados que elijan profesores de religión ineptos, o los sostengan en su cargo, a pesar de su ineptitud! Cuán doloroso es oír que en algunas Universidades e Institutos el profesor más desacreditado es el de Religión. Cierto, para desempeñar esta cátedra tal como algunos lo hacen, sería preferible que se suprimiese la asignatura de Religión; pues en lugar de aprovechar a los alumnos su enseñanza, les produce desprecio de la religión misma» (Eduardo F. REGATILLO, S. I., *El Concordato español de 1953*, Sal Terrae, 1961, p. 420).

2.º *Psicológica e institucional*.—Vayamos a la catequesis con alma equilibrada y guardando siempre la debida jerarquía de valores. Equilibrio y jerarquía harto fáciles de romper: el exceso de trabajo, las aberraciones de ciertos programas, la falta de personal y mil cosas más pugnan por arrinconar la catequesis, arrinconarla o posponerla en nuestro afecto y preocupaciones, y también en los horarios y actividades de los centros docentes. Y así puede ocurrir, más de una vez, que la catequesis, la A.C., los cursillos, el apostolado queden ahogados por los exámenes, o por los deportes, verbi-

gracia. Importa, pues, examinar los criterios que, consciente o inconscientemente, sirven de pauta para la confección de los horarios y la distribución de los profesores más influyentes. Un colegio católico no puede ser mera fábrica de bachilleres.

3.º *Sobrenatural*.—Vayamos a la catequesis con el alma bien empapada de Cristo, porque sólo se puede dar testimonio de aquello que se conoce; y conocer a Cristo, no es sólo ni principalmente haber estudiado teología; conocer a Cristo es vivir con él y de él, como con un amigo, como miembro de la Cabeza gloriosa en el Cristo total. Sin esto, todas las técnicas, métodos y medios son insuficientes. Con esto, en cambio, tendremos siempre lo principal.

He aquí una confirmación sencilla: hace unos pocos años se editaron los sermones del Cura de Ars: un catedrático de Teología se extrañó del hecho, pues nada valioso encontraba en ellos; cierta tesis doctoral fue más lejos: probó, entre otras cosas, que el Santo era incluso incapaz de una ortografía correcta cuando no copiaba... Y, sin embargo, todos conocemos su enorme influencia. Es algo que debe hacer reflexionar a los catequistas a la hora de planear o examinar la propia acción. A la hora, también, de valorar o criticar los ambientes y, más concretamente, nuestro propio ambiente. Sería un error creer que los lugares con mejor y más moderna catequesis *organizada* son, también, los lugares donde más fruto se produce (o lo que es lo mismo, creer que en los países catequísticamente no tan adelantados se produce necesariamente menos fruto). Esto equivaldría a ignorar la influencia incalculable de la propia conducta (¡el que obra mal, aborrece la luz!), del ambiente, de la familia, etc. ¿Quién no conoce naciones con buena catequesis organizada y en las que, sin embargo, muchísimos niños se desentienen de la Iglesia después de la «profesión de fe», y muchos de los convertidos o «catecúmenos» vuelven a su antigua vida poco tiempo después del bautismo? Con esto no decimos que la catequesis organizada de esas naciones es inútil, pues sin ella, las defecciones serían mayores, y la calidad y número de las minorías fieles sería mucho menor. Decimos sólo que la catequesis organizada no lo es todo. Puede darse, y se da para quien tiene los ojos suficientemente abiertos para ver lo actual o para leer la historia, un conjunto de circunstancias (conducta, familia, ambiente, mentalidad...) con auténticos valores religiosos, capaces de impedir las susodichas defecciones, a pesar de una organización catequística más o menos deficiente. Y no decimos esto para defender el retraso catequístico, pues

una catequesis mejor, en ese ambiente favorable, decuplaría los frutos; de ahí la grave y urgente obligación de mejorarla. Ni lo decimos para establecer parangones odiosos, sino sólo para llamar la atención (quizá algún día nos detengamos largamente en el tema) sobre un peligro creciente: a fuerza de beber en fuentes ajenas, los «pensadores» catequísticos corren el riesgo de ver las cosas en función de un contexto que no es el nuestro. Y si este contexto ajeno no puede apoyarse —como ocurre a menudo— en la fuerza de un ambiente cristiano, éste no contará para tales fuentes (o será reducido a pura sociología o bien sólo se le considerará desde el punto de vista de sus deficiencias —que no negamos necesariamente, pero sin olvidar que lo perfecto sólo existe en teoría y que, junto a las deficiencias, caben auténticos valores—). Y así esa visión parcial de las cosas resulta nociva para ambientes más cristianos, pues por ignorancia o so pretexto de un cristianismo ridículamente puro, angelista, moderno, europeo, etc., ese enfoque lleva a malbaratar verdaderas riquezas religiosas, que están y deben estar en todo ambiente cristiano, ya que el hombre es social, y su cristianismo, si es vigoroso, debe trascender también a la sociedad. Sí, debemos mejorar mucho nuestra catequesis, pero no creamos que todo lo demás no vale nada. Sí, aprovechemos todo lo bueno, doquiera que esté (la autofecundación sistemática es ingenuidad u orgullo y siempre empobrece), pero sepamos luego rumiarlo y adaptarlo: no por «chauvinismo», sino por noble y elemental fidelidad a la circunstancia concreta en que debemos frutecer. No bastan, pues, la información y la copia; hay que saber ver, pensar y adaptar, tantear, rectificar y crear. No bastan los libros, se requiere una mirada paciente y amorosa a la realidad, a nuestra realidad; una mirada que sólo será lúcida y fecunda con los ingredientes de la colaboración, el método y la constancia. Evidentemente, todo esto es mucho más difícil que la mera catequesis de erudición. Por eso abundan las traducciones y los repetidores, y escasea la producción verdadera. Es cuestión de comodidad, una comodidad a la que todos hemos cedido o cedemos fácilmente. Una comodidad que, sin embargo, es —o por lo menos nos parece— peligrosa o francamente perjudicial.

■ C) TRANSMISIÓN VITAL Y DIALÓGICA.—Supuestas ya la misión y la preparación, llegamos ya al acto mismo de la transmisión. Esta no puede ser meramente nocional: el cristianismo no es mero saber; ni siquiera el saber, aunque necesario, es lo principal, como lo demuestra —si precisara demostración—, en los ambientes re-

ligiosamente mixtos, el hecho de que no siempre son los católicos los primeros en el catecismo. La transmisión del mensaje debe ser vital y dialogística. Es decir:

1.º *Adaptada al hombre entero*: no sólo a la inteligencia y a la memoria, sino también a la voluntad, tendencias, individualidad concreta... y a los factores ambientales. Esto requiere equilibrio difícil entre el punto de partida, generalmente antropológico (aunque sólo por razones de método), y el punto de llegada: netamente cristocéntrico y teocéntrico. O sea, equilibrio difícil entre la inmanencia (el peligro de toda adaptación religiosa) y la trascendencia (fácilmente intemporal y, por tanto, poco atractiva y asimilable).

Notemos, de paso, un error frecuente a este respecto: pretender que los niños tengan una visión adulta de la religión. El niño sólo puede tener una visión infantil de las cosas. Es normal. Pero nosotros debemos distinguir entre dos visiones infantiles: la cerrada (infantilismo) y la abierta hacia una posible maduración o crecimiento, por fundarse en valores auténticos (aunque captados sólo según la capacidad del niño). Desechemos cuidadosamente la primera forma (ciertos relatos, imágenes, estímulos, amenazas...); demos sólo la segunda, y, además, procuremos que ésta vaya madurando al compás del crecimiento psicológico.

2.º *Orientada hacia el mañana*: ni caer en el «homunculismo», ni olvidar que educamos para la vida. Educar sólo para el colegio, la escuela... es confundir la vida con una especie de invernadero. Y la cosa se agrava si, además, se pretende solucionar ciertas dificultades inevitables, mediante órdenes y prohibiciones que, de hecho, carecerán de vigencia más allá de los «sacros y tutelares» muros académicos. Así se hace uno antipático, por oscurantista, y se priva de preciosas oportunidades para educar en el comportamiento cristiano respecto, por ejemplo, de las compañías, lecturas, ciertas conversaciones, dinero, espectáculos, modas... En efecto, suprimir temporalmente la posibilidad de un problema no es lo mismo que resolverlo; en nuestro caso equivale a aplazarlo y empeorarlo.

3.º *Asimilada y vivida*.—Para ello hay que tener en cuenta, no sólo los distintos modos de interiorización, sino también los de expresión, pues ésta es el fruto normal de aquélla y, además, semilla de una interiorización posterior, más profunda todavía: se da, entre ambas, una acción recíproca, como el flujo y reflujo de una marea ascendente.

Modos de interiorización y de expresión pueden ser, según la

edad y las circunstancias, por ejemplo: el dibujo espontáneo (trazo y color: todo un mundo expresivo poco estudiado todavía), la dramatización (sencilla, atenta sobre todo a lo fundamental y a la actividad creadora), el canto, la danza incluso (sabido es el valor religioso que tiene la danza en ciertos pueblos; y aunque en muchas otras partes no ocurre otro tanto, no faltan ensayos en este sentido: en Nimega, por ejemplo, vimos un interesante intento de hacer expresar, mediante el «ballet», los valores religiosos de un *Sanctus* y un *Benedictus* polifónicos).

Otro modo, privilegiado e imprescindible, es la oración: ya sea colectiva (especialmente litúrgica), ya sea personal, espontánea, sencilla, improvisada (aunque a veces con cierta orientación previa).

Mencionemos, por último, algo también capital (al menos a partir de cierta edad): la acción apostólica. Sólo esta acción permite al educando captar el mensaje evangélico en toda su dimensión existencial (en sí, para nosotros y para los demás), es decir, en toda su riqueza, verdad y seria exigencia. Es un campo vastísimo. Recordemos, sólo, algunas ideas. La acción apostólica seria lleva necesariamente a reflexionar sobre la propia vida y vocación, sobre los problemas del medio ambiente y sobre la actividad emprendida para resolverlos. Lleva, por tanto, a captar vitalmente el Evangelio, a aumentar en nosotros la vida de Cristo para poder intensificar nuestra presencia en la Iglesia. Nos induce a comprometernos con los demás hermanos, a aumentar nuestra influencia sobre el ambiente (cualidades de iniciativa, organización, mando..., dinamismo), a descubrir y fomentar en los demás sus propios valores (afán de verdad, justicia, amor..., capacidad de servicio..., experiencia, influencia...), con el fin de integrarlos, junto con los valores actuales (ciencia, técnica...), en el tallo de un cristianismo vivido y fecundo. Y así, por la acción apostólica logramos la plenitud cristiana: participar de la acción redentora de Cristo y comunicar a los otros los tesoros de esta Redención.

4.º *Fruto de un diálogo vivo y profundo.*—En lo profano abundan los profesores; mas los maestros escasean. Aquéllos transmiten conocimientos: algo más o menos estático, que los alumnos almacenan; éstos, los maestros, transmiten, además, su propia vida: una llama secreta que ilumina y enciende a los discípulos bien dispuestos. El alumno es, con mejor o peor fortuna, repetidor impersonal, anclado en sí mismo; el discípulo, en cambio, sigue una vocación o llamada que alegra su vida y la orienta hacia una órbita

nueva. El paso del profesor queda consignado en las actas: notables, sobresalientes, matrículas; el contacto del maestro vive y pervive en el entusiasmo suscitado y en la mayor o menor consagración y producción científica o artística de sus discípulos. Resumiendo: todo se cifra en la distinción del binomio fundamental: conocer-vivir.

Y en la catequesis ocurre lo mismo. Conviene, pues, que demos un paso más y que, aprovechando lo que acertadamente se ha escrito al respecto, veamos los elementos de la acción vivificante del verdadero catequista.

El maestro, el catequista, debe enseñar y, por tanto, poseer ciencia y pedagogía. Mas nadie debería aprender por aprender, sino para vivir. Por tanto, el catequista debe, además, transmitir la vida; y esto requiere disponibilidad para dar (catequista) y para recibir (discípulo), y luego que se establezca el contacto entre ambas actitudes.

Para *dar*, el catequista debe ser abierto, generoso, desinteresado, más preocupado por el alumno concreto que por el programa o por el alumno ideal, teórico. Adaptarse día tras día a los discípulos, ponerse en su lugar. Tarea inacabable y difícil, pero totalmente necesaria.

Para *recibir*, el discípulo debe abrirse. Ello supone, en primer lugar, que no está distanciado del maestro (resentimiento, incompreensión...); en segundo lugar, que en él hay, además, una orientación positiva y no mera yuxtaposición; de ahí la necesidad insoslayable que tiene todo maestro de hacerse apreciar y, sobre todo, amar; mas esto tampoco basta; hay que conseguir —y no es fácil— despertar el interés por lo que se transmite (atendiendo a los deseos del discípulo y centrándose en lo esencial, para evitar el cansancio y la dispersión) y enseñar a asimilarlo de una manera personal, como vida propia, no como simple almacenamiento escolar.

Finalmente, para que se establezca el *contacto*, tiene que brotar la vida: el catequista no puede hablar como un magnetófono, ni siquiera como un profesor; tiene que hablar con fe en lo que enseña y con amor: debemos estar plenamente persuadidos e inflamados para poder persuadir e inflamar; como los Santos; como los Apóstoles, sobre todo. Y junto a la voz del catequista, debe haber otra voz importante: la del ambiente de toda la clase, grupo o local: que sea benéfico, estimulante hacia Dios, como una atmósfera hecha a la medida del alma frágil e impresionable de los discípulos.

Pero este diálogo entre el catequista y sus discípulos debe estar

totalmente orientado a un diálogo superior: el catequista debe suscitar la respuesta personal a la llamada de Dios. Por eso, precisamente, la catequesis es también iniciación.

D) INICIACIÓN.—Hablar de iniciación, a propósito de la catequesis, puede tener diversos sentidos: preparación a la recepción de los sacramentos que nos introducen plenamente en la comunidad cristiana —bautismo, confirmación y eucaristía— (sentido tradicional); preparación a la recepción de la confirmación y eucaristía (y penitencia) por parte del bautizado (sentido análogo posterior); catequesis de conversión destinada a revelar y suscitar la fe (sentido propio de algunos ambientes descristianizados).

En un sentido mucho más amplio, el que nos interesa aquí, se ha afirmado que toda catequesis debe ser iniciación: iniciación en el misterio de Dios que habla actual y eficazmente en cada catequesis, iniciación en el diálogo personal con Dios, en el progresivo y nunca acabado estrechamiento de relaciones con Dios que se nos revela.

Sólo así nuestra catequesis logrará la plena fidelidad a todos los requisitos de la transmisión de la fe. Fidelidad ésta que, lo mismo que las otras dos anteriores, sólo es realizable a fuerza de mucho amor; amor a nuestra vocación, hasta hacer de la catequesis el eje de nuestra vida; y así, porque el amor hace nuevas las cosas de siempre, venceremos la rutina y la monotonía, y lograremos, además, toda la entrega, constante y sacrificada, que tan alto quehacer requiere.

* * *

Triple fidelidad del catequista: fidelidad a Dios, fidelidad al hombre y fidelidad a las exigencias de la transmisión de la fe. Triple fidelidad que se resume en el amor, porque, entre personas, la fidelidad máxima, total, es el amor.

Y así, y sólo así, el catequista habrá cumplido fielmente su sagrada y noble misión: ser ministro de la Iglesia, para proclamar y educar la fe, impulsado por un triple amor —Dios, hombres, ministerio o vocación— que, en el fondo, no es más que un solo y mismo amor.